

D/5644

**muchas
gracias**



91 JUN 1973



30 ctms.



LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, P e d r o M a t a ,

Joaquín Belda, «El Caballero Audaz»,

Eduardo Zamacois, Alberto Insúa,

Antonio de Hoyos y Vinent, Wenceslao Fernández Flórez,

Ramón Pérez de Ayala, Rafael López de Haro,

Alvaro Retana, Luis Araquistain,

Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada,

Fernando Mora y otros.

Lea usted, coleccionese usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :: Los mejores autores y dibujantes. :: Interesantes interviús. :: La más popular:

30 céntimos ejemplar.



EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

Calle de Mendizábal, núm. 42.-MADRID

Obras de W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

«La procesión de los días», novela (tercera edición).

«Volvoreta», novela premiada en el concurso de Bellas artes (séptima edición).

«Ha entrado un ladrón», novela (quinta edición).

«Silencio», novela (segunda edición).

«Las gafas del Diablo» (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).

«El espejo irónico», ensayos humorísticos (segunda edición).

«Acotaciones de un oyente», impresiones parlamentarias» (segunda edición).

«Tragedias de la vida vulgar», cuentos (segunda edición).

«El secreto de Barba Azul», novela últimamente publicada.

EN PRENSA

«Visiones de neurastenia», 4 pesetas.

5 pesetas cada volumen.

TODO DE COLOR DE ROSA, Alvaro Retana, 4 ptas.

EL HIJO LEGAL, Artemio Precioso, 4 pesetas.

EN PRENSA

LA NIÑEZ DE ÁNGEL PERDIDO, por A. Vidal y Planas.

CUENTOS DE LA TIERRA (obra póstuma), Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.

HAMPA Y MISERIA, (novela), por José Más, y

LA ESPAÑA CHICA, por José Cuartero, 4 pesetas.

MUCHAS GRACIAS

APARECE LOS SABADOS



REVISTA COMICO-SATIRICA
DIRECTOR ARTEMIO PRFCIOSO
REDACCION Y ADMINISTRACION, MEN-
DIZABAL 42 TELEFONO 2453-J.
PRECIO DEL EJEMPLAR 30 CENTIMOS

AÑO I



MADRID, 2 DE FEBRERO DE 1924



NÚM. 1

GLOSARIO



SEMANAL

Ante todo, señores, no hablemos de Pirandello.

Ni del cardenal Benlloch.

¡La de vueltas que le hemos dado a la perindola de Pirandello!

¡Y la de golpes que le hemos dado al cardenal!

¡Así ha durado tanto!

Hablemos de la Zuffoli.

La "pava real" de Apolo, se convirtió en "la gallina romántica" de Es-lava.

Por lo visto la linda tiple ha nacido para ser ave.

Cosa que no me choca.

Porque es una mujer *de huevo*.

Y a propósito de mujeres bonitas.

¿Han visto ustedes la fotografía de las diputadas inglesas?...

¡Pobrecitas!... ¡Qué feas son y qué solitas van a actuar en el Parlamento!

Y digo solitas porque esas señoras jamás llegarán a tener un buen *partido*.

¡Cualquiera *las sigue* en política!

¡Ni en la calle!

Aunque vivan muy cerca.

¡Vaya fotografía!...

¡Qué grupo, San Crispín!...

¡Esa! es la *minoría*

de Paco Bergamín!

Pero dejemos los partidos políticos, ya pasados de moda.

Hoy se imponen otros *partidos*.

Los *partidos* de pelota.

¡Cómo está el *Stadium*!

¡Cómo está el frontón!

Cuajaditos de público.

Y es natural, cual dijo cierto idiota tras de pagar su escote, que los sitios do rueda la pelota estén de bote en bote.

Y eso que el encuentro "Madrid"- "Sevilla" apenas si tuvo interés.

Los chicos futbolistas estuvieron toda la tarde *descolocados*.

Sobre todo Triana, que jugó con el "Madrid".

Y a mí me parece que la verdadera *colocación* de Triana es en el "Sevilla".

O no hay lógica en la Geografía.

¿Martínez?... ¿Barroso?...

A mí, Barroso.

Y ¡cualquiera iba a pensar en que yo acabase siendo *Barrosista*!

"San Petersburgo va a llamarse Leninburgo."

Está bien, como honor al gran estadista bolchevique.

Pero, como precedente, puede ser funesto.

Ayer mismo doña Tula me dijo en tono afectado que ella nació en Cervigrado...
(¡Y es de Mula!)

La Santísima Trinidad pronto será aumentada con otra Persona.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, harán un lugar a la Virgen María.
¡Colosal!

Es el primero y el más alto triunfo del *feminismo*.

¡Enhorabuena, señoras!

Francos va a la Academia, y tal en-
[trada
su fama de tragón en nada amengua,
porque va a la Academia... de la Len-
[gua...

(De la Lengua trufada.)

Por cierto que si D. José entra hoy en la docta Casa, yo debía estar dentro de ella hace mucho tiempo.

Yo valgo, por lo menos, veinte veces más que él.

Y no es orgullo.

En cualquier culto país te dirán negros y blancos que siempre ha valido un *Luis* por lo menos veinte *Francos*.

Luis de Tapia.



La Bohemia Madrileña

No me hable usted, querido lector, de la bohemia madrileña. En Madrid no hay bohemia. De un lado hay miseria, pauperismo, tuberculosis, y del otro lado hay literatura; pero nosotros no hemos sabido aún, como los parisienses, fusionar estos diversos elementos y constituir con ellos una bohemia digna de tal nombre. Cuando alguien hace de bohemio entre nosotros, es a fin de llevar, en lo posible, una vida burguesa. ¡Ciudadanos cuya manera de comer consiste en ayunar, y que, en cuanto pudieran seguir normalmente un régimen alimenticio, perderían el público de que disponen, y se morirían de hambre! Estos ciudadanos demuestran lo vago, lo artificial, lo histriónico de la bohemia de Madrid.

Decididamente, en Madrid no hay bohemia, lo que no quiere decir que la literatura enriquezca aquí a sus

cultivadores, sino todo lo contrario. La bohemia, al fin y al cabo, viene a ser algo así como una miseria de lujo, como una miseria superflua. Se supone que el bohemio, si se viste de andrajos, si come mal y si duerme poco, lo hace más por temperamento que por necesidad, y que para cambiar de vida le bastaría, sencillamente, con sentar un poco la cabeza. El bohemio, o no existe como tal bohemio, o es lo que llamaríamos un pobre de *postín*, un señorito de la indigencia, en la cual también hay sus clases y sus categorías. Si el público establece una distinción entre la miseria del bohemio y la miseria general, ¿por qué ha de hacerlo más que por el carácter voluntario que en cierto modo le atribuye a la primera?

Pero aquí al escritor que quiera morirse de hambre le bastará para ello con ejercer honradamente su profesión, y no tendrá necesidad ninguna de proponérselo *a priori*. Quizás los escritores españoles que arrastran una vida misérrima tengan, en el fondo, la vocación de esta vida; pero aunque no la tuviesen arrastrarían una vida misérrima. Nuestra indigencia carece de alternativa posible, y por esto, siendo Madrid uno de los pueblos que peor

alimentan a sus literatos, la bohemia literaria resulta en él completamente desconocida.

¡Ahí es nada la tradición de riqueza que se necesita en un país para que la miseria llegue a adquirir en él ese carácter suntuario de la bohemia parisiense! En París el bohemio es un héroe. Aquí es un pobre, y cuando pretende convertir en Mimí a una modistilla de los Barrios Bajos, la modistilla le abandona por un peón de albañil o por un señorito verdadero. La excelente muchacha, con su natural buen sentido, no concibe cómo se pueda ayunar voluntariamente en una tierra de ayunos obligatorios, y no cree en la bohemia. Un bohemio, para ella, es como un pelirrojo de quien, aunque en su fuero interno tenga una profunda vocación de pelirrojo, no se podrá decir nunca que es pelirrojo por vocación.

No. No hay bohemia en Madrid. La bohemia es un lujo de sociedades ricas, y nosotros estamos muy pobres. Nuestra literatura producirá pauperismo y tuberculosis, pero nuestra tuberculosis y nuestro pauperismo no producen literatura ninguna.

Julio Camba.



Profesores de idiomas que puso Dios para que no hicieran el ridículo los ciudadanos, el día de la confusión de lenguas.

Fútbol callejero.

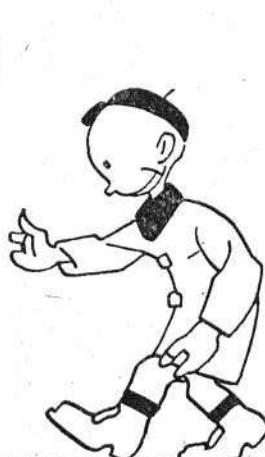
HISTORIETA

DE K-HITO

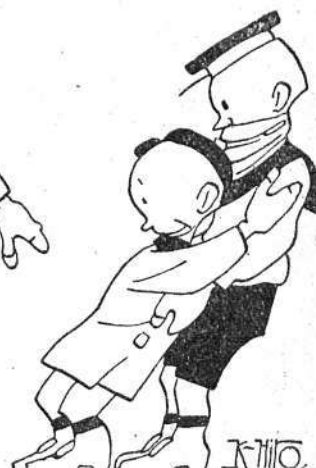


—Hombre! ¿Cómo has tardado tanto para hacer un balón?

—Es que no sabía con qué.



—¡Superior! De peso está admirable.



—¡¡Chuta a goal!!



EQUIVOCACIONES

En materia de teatros se equivoca todo el mundo de una manera lamentable. Se equivocan los autores que muchas veces creen haber hecho una comedia maravillosa y sólo han perjeñado un buñuelo de batata. Se equivocan los críticos que, con los cristales de las *fobias* o de las *filias*, ven casi siempre las cosas de color distinto del que tienen, y se equivocan los autores al prejuzgar el valor de las obras, lo que es muy comprensible, porque ellos ven las comedias desde el escenario, y las comedias se escriben para ser vistas desde las butacas.

No voy a ocuparme en estas cuartillas de las equivocaciones de los autores: antes la muerte. Los autores no debemos asaltar las columnas de los periódicos para poner de oro y azul a los compañeros; no creo que jamás se haya hecho tal cosa por ningún autor que verdaderamente lo sea. Quede esa faena para los aprendices de *escalpelistas* o para los noveles fracasados que gracias al escalpelo estrenan tal o cual erupción literaria para ir tirando..., dicho sea sin segunda.

Tampoco voy a ocuparme de las equivocaciones de algunos críticos. No es tiempo aún. Ya lo haré en su día, mucho más adelante, en un libro que voy escribiendo a medida que voy viviendo y que, perdonen ustedes la inmodestia, tiene la gracia por quintales. ¡La que se va a armar!... Habrá risa para muchos años.

Las equivocaciones de que quiero ocuparme son las de los actores y no de las equivocaciones de los autores al juzgar las comedias, sino al interpretarlas; vamos, de lo que ellos llaman "lapsus lingüe", y que yo llamo "lapsus", al cuello, con nudo corredizo y seis tíos tirando.

Porque hay equivocaciones capaces de poner en peligro a la comedia bajada del cielo; pero si el actor después de cometido el yerro pretende enmendarlo, entonces no hay salvación posible y a morir se ha dicho. Por fortuna, el tipo del actor que se equivoca y arregla luego la equivocación no abunda.

Muchos cómicos han dicho en escena gorra en vez de guerra, eso es sabido; pero no han tratado de enmendarlo, y todo se ha reducido a una risotada del público y a que el actor que aparentaba no haberse enterado de la coladura, preguntase en voz baja a cualquier compañero: "¿De qué ríen, tú?"

Pero yo he oído a un galán amoroso, en una escena lacrimosa en la que se quejaba de la guerra que le hacía el padre de su amada, decir:

—¡Ay!... Me está haciendo una gorra cruel...—Y añadir latiguilleando y sin inmutarse:—¡Sí! ¡Cruel, cruel! Porque me está chica y me aprieta las sienes...

En una comedia mía, *La verdad de la mentira*, hace su entrada el protagonista diciéndole a la dama: "Voy a tomar nota..."

El protagonista de mi cuento, que era de los arregladores, se equivocó, y en vez de "Voy a tomar nota", dijo: "Voy a tomar nata..." Pero antes de que el público lanzara la carcajada, añadió, con un aplomo sin precedentes:

—Sí; voy a tomar nata, porque el café con leche me irrita muchísimo... Bueno; los gritos se oyeron a seis leguas.

A ese mismo actor le oí decir en escena una de las cosas más graciosas que he oído en mi vida.

Hacían una obra en verso, y él, en una escena más seria que la cara de Capaparda, tenía que decirle a otro actor, que vestía de uniforme y grandes cruces:

"Tal especie, por mi mal,
la sostiene la calumnia;
la calumnia, general..."

Y el pobre hombre, en vez de "calumnia", largo un "columnia" como

una casa, y, sin el más leve titubeo, declamó:

"Tal especie, por mi mal,
la sostiene la columnia,
la columnia vertebral..."

Y hubo que echar el telón y devolver el dinero a los espectadores.

En cambio, no se dió cuenta el público, en cierta ocasión, no lejana por cierto, del arreglito hecho por un actor ya anciano, de uno de los *colemes* más divertidos que pueden recordarse. Era una obra de época, y el actor de referencia hacía de fraile, un fraile barbudo que de pronto se adelantaba hacia el rey, sacaba un pergamino, y decía, muy campanudamente, mostrándoselo:

—Ved, señor: yo también tengo mi protocolo...

Y se coló en lo del protocolo, y dijo, con un énfasis extraordinario:

—Ved, señor: yo también tengo mi potro... colo; pero, ¡ay!, los hábitos me impiden montarlo...

El público se quedó tan fresco; pero al autor de la obra y a mí nos echaron del teatro, y una hora después todavía estábamos en la calle riéndonos.

Pedro Muñoz Seca.

Querido lector...

A partir del próximo número, Alfonso Vidal y Planas colaborará asiduamente en MUCHAS GRACIAS, en una interesantísima sección, titulada CORAZONADAS.

También comenzaremos, desde el sábado próximo, a ocuparnos de "eso de los teatros"...

OBRA DE ÉXITO



DÍAZ-ANTÓN

—Deme un sillón de preferencia.
—No hay más que generales.



EL CIEGO.—Quiero regalarte algo el día de tu santo.

LA CIEGA.—Pero algo que no tenga.

EL CIEGO.—Pues... pues, te regalaré un espejo.



DE LA VIDA IRÓNICA

Bécquer en las Ventas del espíritu santo



A las dos de la tarde salió de la plaza de Castelar—que entonces se titulaba de la Cibele—, y a trote de mula, el tranvía “de las Ventas”.

Hacia ellas íbamos, con bonfísimas ganas de almorzar y deseos apremiantes de jácara y retozo, mi camarada de travesuras estudiantiles Virgilio Colchero, su tío Amador y yo; más tres mozas a quienes apenas conocíamos, pero de cuyo desinterés huelga hablar, puesto que venían con nosotros, y que, según eran de desenvueltas y acogedoras, parecían resueltas a suprimir del Decálogo aquel mandamiento que en tan feliz ocasión más podía estorbarnos.

Alto y moreno, largo de manos, gracioso y, por añadidura, un poco poeta, era Virgilio, con sus veintitún años triunfales, el héroe de la fiesta, y así pudo elegir de nuestras compañeras a la más bonita. Amador, que ya pasaba de los treinta, acercóse, lleno de buen sentido práctico, a la que consideró más fácil; y a mí, que no llegaba todavía a los diez y ocho, tío y sobrino me adjudicaron la más gorda, con lo cual ahora comprendo que no hicieron sacrificio. Para que ninguna verdad quede sin decir, añadiré que mi improvisada amiga andaba en meses mayores; mas esto no constituyó inconveniente para mí, que adoraba en las gordas y media su belleza por el esfuerzo que me costase abrazarlas; y así, aquella tarde mi amor hacia la joven embarazada desbordó y parecía extenderse a lo que de ella se esperaba. Pocas veces el porvenir me ha interesado tanto...

Compañían las muy recordadas Ventas del Espíritu Santo—con las que no adivino qué relaciones haya la tercera persona de la Santísima Trinidad—una docena de ventiladísimos merenderos instalados en plebeyas barracas de madera, donde a los acordes canallescos de los pianillos de manubrio se comía mal y barato y se danzaba al aire libre. Nosotros fuimos al llamado “Los Andaluces”, que tenía “comedores reservados” y de cuyo dueño éramos casi amigos, y con gran alborozo pedimos el almuerzo, que la modestia de nuestros recursos limitó a una paella “para seis” y a otro plato, “a elegir”.

Inmediatamente después, y mientras nos aderezaban la merendona, comenzamos a bailar.

De nosotros tres, el más interesante—por algo tenía más años—era Amador Colchero. Ya se fué. A través de los treinta años que pasaron desde entonces yo evoco con cariño fraterno su figura pequeña y amable. Siempre le vi vestido de negro: tenía el cuello muy largo y los hombros muy caídos, y un cuerpo delgado lleno de urbanidad. Recuerdo su frontal descollado, sus grandes ojos pardos, muy sagaces; su nariz aguileña, fina y astuta, y en su rostro seco y cobrizo de manchego la gran alacridad de su risa sensual.

Demasiado pulido, si no en las intenciones, en las palabras, Amador brillaba menos que su sobrino, con quien no podía rivalizar ni en turbu-



lencia moceril, ni en apostura, ni en desplantes graciosos; pero, dichosamente para él, en marrullerías le superaba, y con tretas solía remediarse y obtener victorias. Los constantes aliados de Amador eran los poetas; de buena tinta sabía cómo los versos aturden más que la música a las mujeres, y para interesarlas con facilidad mayor, a ellos apelaba. Pero no hallándose seguro de su memoria, en vez de recitarlos, los leía, por cuanto verle con un libro de Espronceda, de Bécquer o de Campoamor, en el bolsillo, era indicio casi infalible de que acudía a una cita. Como otros, al irse de francachela, cogen una guitarra, Amador cogía un libro, que más tarde, a la hora nerviosa de la sobremesa, empezaba a hojear con aire absorto. Después, aprovechando el primer silencio, decía:

—Quiero leerles a ustedes...

Y comenzaba, arqueadas las cejas y poniendo en la voz una cadencia dolorida.

La tarde a que voy refiriéndome acaeció lo mismo. Luego de bailar, tan estrechamente abrazados a nues-

tras compañeras cual si nunca hubiésemos de dejarlas, nos sentamos a almorzar. Luego, entre la “paella” y el segundo plato, tornamos al baile, y así, danzando unas veces y comiendo otras, llegamos a la hora tolerante, grata a Eléusis, del anochecer. El vino, entretanto, no cesaba de correr, y los espíritus se ofuscaban.

Inesperadamente, y avasallándonos con el prestigio de su edad, Amador exclamó:

—Quiero leerles a ustedes...

Se refería a las rimas de Bécquer. Virgilio y yo protestamos:

—¡Fuera, fuera!... ¡No queremos oír cosas tristes!...

En cambio, las mujeres, masoquistas por instinto, escaparon de nuestros brazos y alborozadamente rodearon al lector.

—¡Lee!—ordenó su coíma.

Y las nuestras:

—Lea usted, don Amador; lea usted...

Aquel momento tenía para sus almas sencillas una emoción nueva; imaginaban hallarse en el teatro, y un instante Amador Colchero, merced al endolorido don Gustavo, fué protagonista.

Dió principio a su apesgadora tarea por la oncená rima, bien me acuerdo...

—“Yo soy ardiente, yo soy morena, yo soy el símbolo de la pasión...”

¡Harto sabía el astuto lo que hacía, pues el cabello y los ojos de su compañera parecían de azabache. Luego, mirando a mi amiga, que era rubia, continuó:

—“Mi frente es pálida; mis trenzas de oro; puedo brindarte dichas sin fin...”

Más adelante, cuando “Ellas”, no obstante el mucho valdepeñas que iba



nublándolas el entendimiento, supieron que a quien el poeta buscaba era a la mujer inhallable, a la ideal, a la

inasequible... todas se enternecieron, sintiéndose inviolables, acaso por primera vez.

Y "don Amador" tuvo un éxito.

A continuación, y para afianzar su triunfo, leyó con toda la melancolía de que fué capaz:

"Al ver mis horas de fiebre
e insomnio lentas pasar,
a la orilla de mi lecho
¿quién se sentará?..."

De nuevo Virgilio y yo nos rebelamos, y por segunda vez el mujeriego púsose estúpidamente de parte del lector. Pero ¿a qué venía aquel sufrir rebuscado y aquel llorar traído por los cabellos?... Nosotros no nos lo explicábamos; y en el silencio del comedor, alumbrado flojamente por una lámpara de petróleo, el poeta continuó devanando la jeremiaca letanía de sus meditaciones y de sus preguntas. Quería saber quién, en el último trance, estrecharía su mano yerta; y lo que ocurriría cuando la muerte le vi-driase los ojos... y la campana sonase en su funeral... y la tierra oprimiera sus restos... Inquiría, insaciable: "De que pasé por el mundo, ¿quién se acordará?..."

De pronto mi amiga rompió a llorar a moco y baba, sobre su panza



magnífica; las lágrimas inundaban a raudales sus mejillas, y a poco, con los tremendos suspiros que la estremecían, se la deshizo el moño.

—¿Por qué lloras?... ¿Qué tienes?... —averiguaban, compungidas y acari-ciándola, sus amigas.

Ella, con los sollozos que la estrangulaban, tardó en balbucir entreco-radamente:

—Porque... me... he... acordado... de... cuando... murió... mi madre...

¡Y lloraba, la gran borracha, como si acabara de quedarse huérfana!... Mientras, Amador, cada vez más orgulloso de su triunfo, proseguía inflexible y sádico:

"Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo..."

—¡No hay derecho a amargarnos la tarde!—vociferábamos nosotros, que conservábamos "el vino alegre"—.

¡Eso lo lees en un establecimiento de Pompas Fúnebres!...

¡Trabajo inútil!... Fué preciso oír cómo a la muerta se la llevaron al templo... y cómo una vieja acabó "sus últimos rezos"...; y acompañar a la finada al cementerio, y entrever la figura del sepulturero, que, la piqueta al hombro, "se pierde a lo lejos"...

Quejumbrosa y unisonante la voz del lector, agarrado al malhadado libro, imitación, según luego veremos, de la caja de Pandora, repetía por tercera vez:

"¡Dios mío, que solos
se quedan los muertos!..."

Esta reflexión exasperó el dolor fútil de mi amiga.

—¡Madre mía... madrecita mía!...— gritaba—. ¡Yo quiero verte!...

¡Hija admirable!... Y siendo la pena contagiosa como la risa, como el bostezo, casi al mismo tiempo aquellas tres "mujeres alegres" comenzaron a hacer pucheritos. Esta se acordaba de su padre difunto; la otra pensaba en la tristeza de morir... Y nosotros no cesábamos de admirar los tesoros de sensibilidad escondidos en sus corazones.

—¡Madre de mi alma!—imploraba la una.

Y la otra:

—¡Padre mío... que te perdí cuando me eras más necesario!

Y la tercera:

—¡Yo quiero morirme!... ¡Yo quiero morirme!...

Desgreñadas, hívidas y empapadas en llanto comenzaron a prodigarse mutuamente frases de consuelo; de nosotros prescindían; dijérase que no estábamos allí. A la claridad del quinqué, los rostros desmoralizados de las lloronas componían un retablo fantasmal.

—¡Calla, Anita!—suplicaba "la de Virgilio" a "la de Amador"—. No mientes a tu madre, porque me acuerdo de la mía. ¡Ay... ay... ay!...



Y "la mía", hecha otra plañidera:

—¡No puedo más!... ¡Me ahogo!... ¡Ay, Dios mío!...

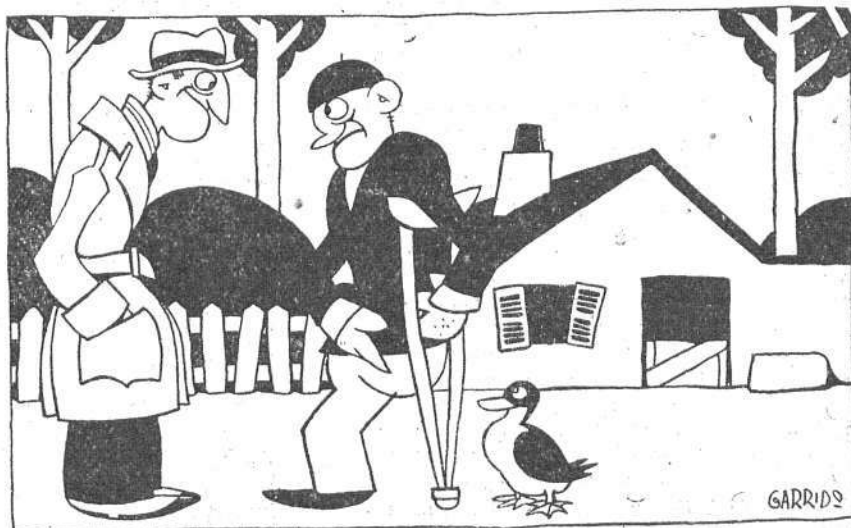
Intentamos socorrerla aflojándola el corsé, para lo cual mis camaradas y yo hubimos de girar en torno suyo, como alrededor de un árbol. La infeliz mujer se desplomó sobre un diván. "La de Amador" lloraba de hinojos en el suelo, como ante una sepultura recién abierta; y "la de Virgilio" se pelaba las trenzas en una especie de arrebató furioso. El espíritu de Bécquer y el de las cepas valdepeñeras, al mezclarse, habían producido aquel drama abominable. Ni Virgilio, ni Amador, ni yo sabíamos qué resolver; por todas partes, y cada vez con mayor arrebató, resonaban sollozos, ayes, gritos desgarradores de despedida...

La puerta del comedor se abrió bruscamente y apareció el camarero: llegaba asustado, como se entra en la habitación donde acaba de perpetrarse un crimen; su cara y su delantal eran del mismo color. Pero en seguida comprendió y, discreto, sin decir palabra, volvió a cerrar.

Segundos después le oíamos reír, a carcajadas, en el sosiego del jardín, lleno de luna.

Eduardo Zamacois.

Dib. de Linage.



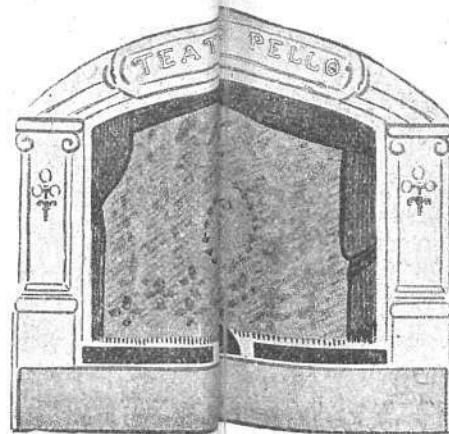
—¿De modo que este año no tiene Vd. patitos.

—No, señorito. ¿No vé Vd. que no tengo más que una pata?



Don Crisanto Pello, fundador y empresario de este Teatro que lleva su apellido. Le presentamos a ustedes, sonriéndose de don Arturo Serrano y de don Francisco Delgado. Dice que va a dejar a Serrano en mantillas y a Delgado en los huesos

TEATRO



PELLO

(Dibujos de Robledano)

Fernando Luque, autor único de este Coliseo, que comparece en el dibujo saludando al público, saludando a la crítica, saludando a los lectores, saludando a los amigos... Es un autor más saludable que un pinar.



1. Rosa de Arroyo, primera actriz; criatura adorable por todos los estilos, incluso el Luis XV, que pasa de la Compañía de La Plana-Llanos a esta otra plana, donde piensa seguir cosechando laureles y algo de hierbabuena. —2. Catalina Catalá, dama joven; hija de aquella otra inolvidable dama de la Compañía de Calvo, cuya singular belleza, actuando en Orán, produjo tal efecto en un espectador berberisco, que saltó al escenario, hizo ¡au! y se comió la dama. —3. Iluminada por Dentro, dama de carácter; de carácter insoportable, pero que desempeña sus papeles con más interés que si fuesen alhajas.

A derecha e izquierda primeras partes de la Compañía Arroyo-Claró.
(Que actuarán en esta plana).

La carreta dionysíaca

A propósito representable, para presentación de la Compañía.



1. Gabino Claró, primer actor y director. Gabinete, como le llamamos sus íntimos, es un verdadero farsante; un verdadero «mimo», con cien gestos y con cien zudos. Tiene un espíritu... pero ¿a qué hablar de su espíritu? Ahí está su fisonomía, llena de inteligencia. Y ya saben ustedes que la cara es la cornucopia del alma. —2. Pepito Novales, galán cómico. (Oye, galán: ¿porqué no te mudas el apellido? Mira que los críticos te van a hacer chistes). —3. Valeriano Millo, un barba con toda la ídem. Cuenta que cuando agarra un papel de lucimiento; se carga al primer actor y a todos sus compañeros de escena, y el público grita: «¡Solo Millo! ¡Solo Millo!». Como que suele estar para comérselo.

El telón está corrido, sin duda de vergüenza, al verse por primera vez ante el público. Se enciende la batería y comienza a oírse una música lejana compuesta de tambores, címbalos y flautas.

Pasa un minuto, dando saltos, y luego que ha hecho mutis se presenta en escena el AUTOR, vestido de frac. No es indispensable que el frac sea suyo.

EL AUTOR.—Respetable público: he creído indicado para inaugurar este teatro presentar a ustedes una visión del origen, del nacimiento de la farsa entre los hombres. Entre los hombres, las mujeres, los niños y los militares sin graduación.

Mirad: estamos en una selva de la antigua Grecia. (Se descubre la cortina y queda al descubierto la escena. Decoración de selva, a todo foro. Cae la tarde. La luz, purpúrea ya, del acreditado astro rey, da un romántico tono de tomate a los arbustos, en cuyas ramas aparecen grandes luciérnagas.)

Esa música que oís y que avanza, es la de los tambores de Triptolemo, la de los címbalos de Sileno, el dios del buen humor, y la de las flautas de Pan, que son esas barritas entrelargas que se venden para los diabéticos. (Aparecen por la derecha varios comparsas de los de 0,60 uno con otro, vestidos de capripe-

dos y haciendo sonar los instrumentos que se indican.)

Preceden a la carreta del dios Dionysos, que es la que aquí avanza, con permiso especial del Alcalde. (Aparece una carreta acarreada por un par de leones y otro par de linceos. En ella, el bonachón Dionysos sonríe, coronado de pámpanos y sentado sobre un tonel. Rodean la carreta numerosas bacantes, tyadas y ménades, que son todas las bailarinas y segundas tipleas de que dispone la Em-

presa, y que ejecuta una danza lasciva mientras sigue hablando el autor.)

Este Dionysos— que plantó la viña e instruyó a los moros para que pisaran la uva y obtuvieran el vino. (Dionysos se levanta y saluda.)

Los primeros griegos, al poner en práctica la idea, festejaban terminada la faena diaria, al caer la tarde, embadurnaban con los

zumos, se cubrían el rostro con caretas de madera, de corteza de árbol o de hojas, subían a sus carretas y recorrían los caminos entonando canciones y dirigiendo a los caminantes burlas y denuestos.

Así nació la Farsa en este mundo. ¡Paso! ¡Paso a la carreta dionysíaca! ¡Paso! (Avanza el autor gritando estas palabras hasta el centro de la escena, y sale por el primer término el vehículo a que se refiere tirado por un par de bueyes de guardarropía y

cargado con todas las actrices y actores de la Compañía, caracterizados como describe el autor. Empuñan grandes copas de barro y ciñen su cabeza con verdes corniláceas.)

MÚSICA

VENDIMIADORES. (Cantando.)
Somos helénicos,
aunque vinícolas;
somos escénicos,
y nada ostrícolas.
Somos los padres
de la Farándula,
y el que lo niegue
será un camándula.
¡Viva la Grecia!
¡Viva la gracia!
¡Viva Dionysos!
¡Viva la Farsa!
¡Viva el Teatro,
flor de la vida,
triste o en vaya...
Valladolid!

El dios Dionysos, dando un grito de entusiasmo, se sube sobre su tonel y se pone a beberse las copas de los árboles.

Todos los personajes de su séquito rodean, danzando frenéticamente, la carreta del dios y la de los vendimiadores, quienes, con sujeción a la verdad histórica, se lían a denuestos con el público.

Y va cayendo lentamente el

TELÓN





EL PELIGRO DE LOS "AUTOS"

EL FUTURO ACCIDENTE

Mi amigo Aristo, que es un hombre pacífico y al cual no veía desde hacía más de un año, ha venido para consultarme el caso más grave de su vida. Aristo es un ciudadano más bien bajo que alto, más bien gordo que flaco, más bien feo que guapo. Aristo es rico. Pero Aristo tiene un enemigo feroz, que persigue a mi amigo sin tregua, pero hábilmente, solapadamente. Débil de voluntad, mi amigo se ve dominado, ahogado por la voluntad de su enemigo. Porque éste, en la vida, oficialmente, pasa ante todos y ante el propio Aristo como su mejor amigo. Es decir, pasaba. Porque ayer riñeron malamente, con violencia, y Aristo estuvo a punto de disparar contra Diego Temprano, su enemigo de siempre, amigo hasta ayer. Y Aristo ha tomado una resolución, no sé si influido por el caso de Vidal y Planas—algo semejante al suyo—o por una derivación de la neurastenia: la de matar a Diego, al gran Diego, que es un perfecto y consumado canalla.

Aristo ha venido a comunicarme su resolución inquebrantable. Y al propio tiempo, a que yo, como amigo fraternal e íntimo, le aconseje sobre la mejor manera de suprimir la vida de su perseguidor. La última hazaña de que le ha hecho víctima Temprano—quitarle la novia y estafarle diestramente diez mil pesetas—es para sacar de sus casillas al más manso de corazón. Diego Temprano es un hombre de presa, uno de esos individuos ferozmente egoístas, ayudados de la suerte, que, sin embargo, suelen morir vestidos a impulsos de la agresión de una víctima desesperada.

Ante la inutilidad de mis razonamientos para quitar de la cabeza a mi buen amigo la idea trágica, he tenido que pensar el mejor modo de que Aristo realice su plan con el menor riesgo posible. Suprimido el Jurado, fácilmente impresionable ante la elocuencia de un abogado listo, el Tribunal de Derecho es una cosa seria que impone respeto y temor...

—Si a ti no se te ocurre nada—me ha dicho mi cofrade—, yo le pego cinco tiros... Para mí, matar a ese hombre es una obsesión... ¡No sabes el largo proceso de esta decisión firmísima!

Y entonces ha surgido en mi mente la idea salvadora...

—Por tres mil pesetas puedes rea-

lizar tu nefando propósito... Compra de lance un automóvil de los más baratos... Provéete de un carnet de conductor, y con él en el bolsillo, ten paciencia, pasea por Madrid, frecuentando la calle de tu enemigo... Un día se pondrá al alcance de tu motor... ¡duro con él entonces! Atropéllale con decisión, sin miedo... Lo harás papilla bajo los neumáticos... ¡Un accidente de automóvil! Muy poca cosa, una multa, si acaso una indemnización, que la viuda, rica, no querrá percibir...

Y mi buen amigo se ha avalanzado sobre mí, dando aullidos, gruñendo de entusiasmo, abrazándome como un oso en celo... Después, dejándose el sombrero, como loco, se ha ido...

Señor juez de guardia: Desde anoche no puedo dormir. A pesar de mi consejo—que di para evitar un mayor infortunio—soy un buen hombre, no lo dude usted... La conciencia me remuerde. Mi amigo Aristo, con el volante entre las manos, va a cometer un crimen... Si usted quiere, yo le facilitaré los datos precisos para evitar en lo posible el futuro accidente de automóvil...

¿Llegará usted a intervenir en esto como hecho de autos? ¿Dictará usted alguna providencia? Yo creo en la Providencia... En ella confío...

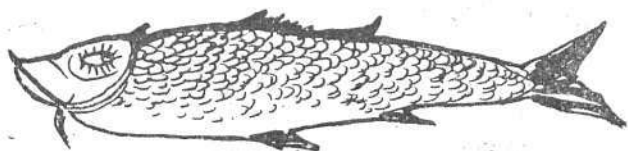
Artemio Precioso.

EN EL CIRCO



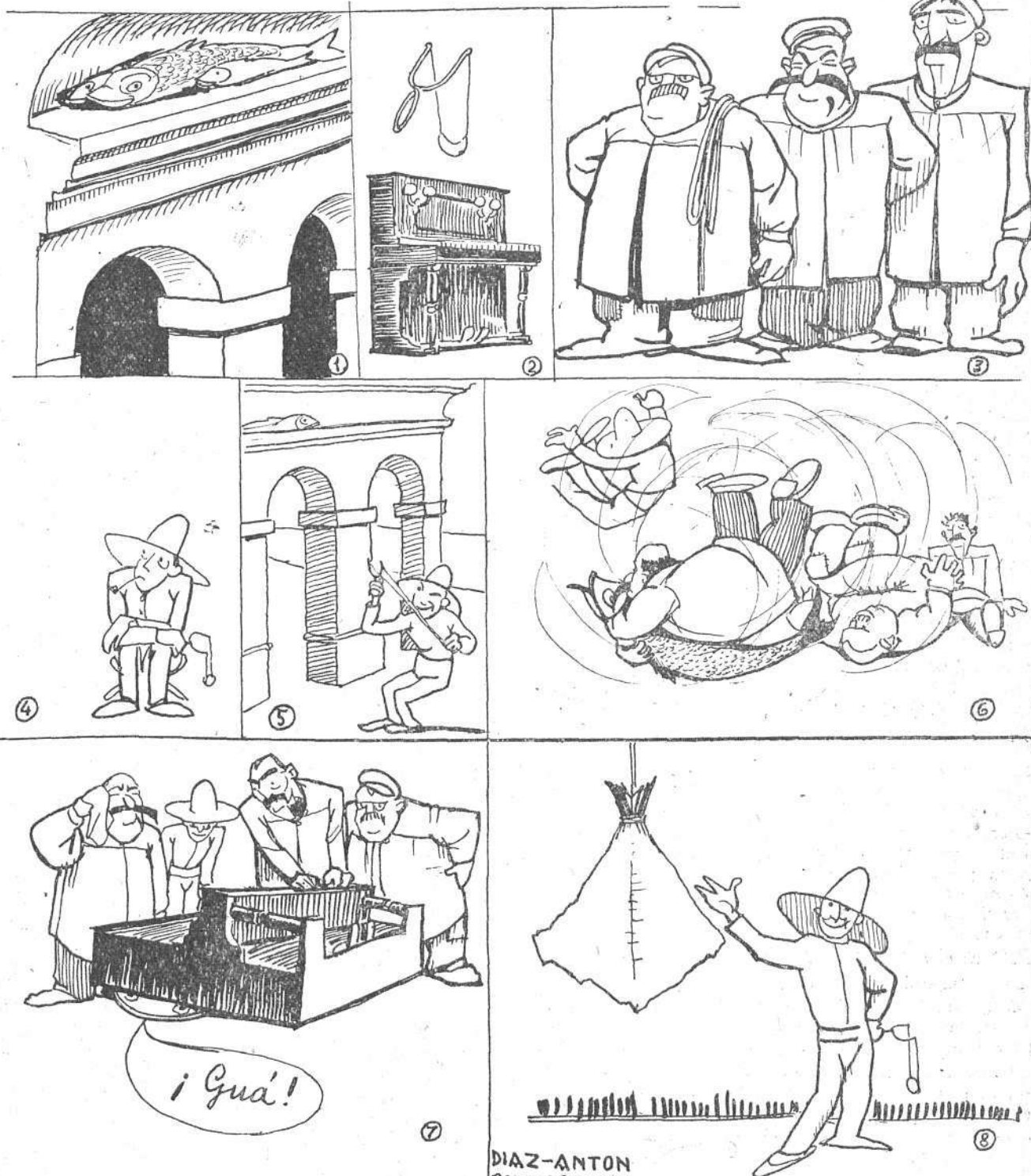
—En la función de gallo no trabajes con las pesas huecas, va a venir el Directorio y te puede multar por falta de peso.

Dib. de Alonso.



Caza con postas, del legítimo bacalao de Escocia.

Astracanada por Díaz-Antón.



¡Guá!

DÍAZ-ANTÓN

La caza del auténtico bacalao de escocia no es coccia baladí ni que pueda llevar a cabo cualquier cazadorcillo de totovías. A más de una presencia de ánimo a prueba de recibo del sastre, debe tener el cazador inscrita a su nombre una rara habilidad en el manejo del arma y de la prensa (2) que hay que utilizar en esta arriesgada caza. El cazador de este bacalao, que anida con preferencia, nunca con entrada general, en las escocias y cornisas de los viejos edificios (1), necesita el concurso de tres mozos, de esos que trasladan un piano como se tomarían un quince (3). Cuando hayáis descubierto un nido de bacalaos y lo tengáis todo prevenido, debe esperar el cazador (4) a que el bacalao padre asome la cabeza, para asestarle un certero postazo en el ojo que muestre (5). Y este es el momento de cuidado. Es la fase más peligrosa de esta caza; más que nunca vuestro ánimo debe estar *vigilante nocturno*; el menor descuido, la más inapreciable distracción, puede hacer que os haga daño el bacalao. El órgano de la vista es la parte más delicada de este animal; así es que si acertáis a herirle en el órgano, no digo yo que toque una *rapsodia*, pero sí oíréis un feroz aullido y caerá al suelo, en donde dará terribles saltos y coletazos. Rápidamente deben intervenir los mozos para sujetarlo (6). Cuando ya lo han cansado, le dejan caer encima el piano, aplastando al irreductible bacalao (7). Que adopta esa extraplana figura en la que le veis en los escaparates de ultramarinos (8).



EL ODIO

Hace algún tiempo un ingeniero ilustre ideó en Francia un procedimiento para acabar con los choques de trenes.

Era en una época luctuosa, en la cual, sin saber por qué, los choques y los accidentes ferroviarios se presentaban a granel: tomar un tren era en Francia empresa tan arriesgada como lo sería ahora en España estrenar una obra de tesis favorable a la reapertura de las Cortes.

He dicho antes que no se sabía el por qué de esos accidentes, y he dicho una ligereza: sí se sabía; por lo menos hubo un señor que aseguró saberlo muy seriamente, y en una revista científica, de esas que sólo leen los porteros de las Academias, contó que la causa de tales estropicios era el carbón, el pésimo carbón que por aquel entonces se venía usando en los ferrocarriles franceses, el cual, al desprender un gas que atacaba directamente al cerebro, perturbaba las meninges de maquinistas y fogoneros llevándoles hasta los bordes de la locura.

Luego se averiguó que aquel señor lo que pretendía era colocar una gran partida de carbón que había introducido en Francia de contrabando, y como al mismo tiempo fué deportado a Cayena por haber aparecido complicado en el asesinato de un fabricante de relojes, su descubrimiento cayó en el vacío.

Pero en el mundo nada se pierde: al poco tiempo de aquello, el ingeniero de que se ha hablado poco antes lanzó su invento a la publicidad.

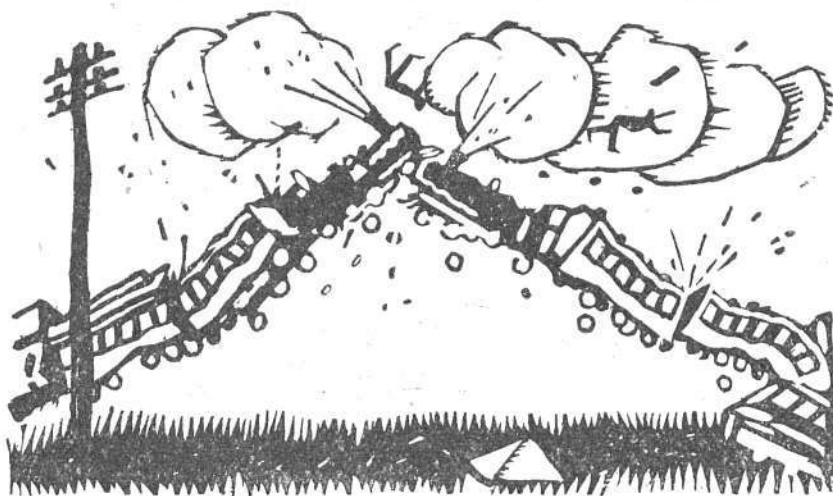
El hombre discurría de la manera siguiente: con humos nocivos o sin ellos, es lo cierto que el maquinista y el fogonero de una locomotora tienen muchas cosas en qué pensar: el

manómetro, las válvulas, el regulador de velocidades, los tubos de desagüe, la anemia o la congestión posibles del hogar, los silbidos de señales... Eso sin contar con que, durante la marcha, se dediquen a pensar en sus propios disgustos familiares.

No les queda apenas tiempo para vigilar la vía, para mirar hacia adelante.

—Hace falta—decía el inventor—crear el puesto y el cargo del hombre que, durante la marcha del tren, tenga por única misión la de ver lo que viene vía adelante y en dirección contraria.

Y él los creó: un empleado de buena vista se colocaría en la parte más avanzada de la locomotora, allá por debajo de farol que todas ellas lle-



van al pie de la chimenea. Claro que para evitar que ese hombre, a los pocos metros de marcha sucumbiera víctima de una congestión pulmonar, iría encerrado en una especie de urna de cristales, y provisto de una señal de alarma, la haría entrar en funciones apenas notase en la vía algo anormal.

Al estímulo del cumplimiento de su deber se uniría en él el de la propia conservación; pues, de sobrevenir el choque, y dado el puesto ocupado a la cabeza—o, mejor dicho, al cogote—del convoy, aunque los demás viajeros resultasen levemente contusos o con ligeras equimosis, los restos del vigía habría que recogerlos del lugar de la catástrofe con uno de esos aparatos modernos que aspiran el polvo de alfombras y tapices.

La cosa pareció bien a todo el mundo, y pronto se instalaron unas cuantas urnas de esas en otras tantas locomotoras de una de las líneas del Norte. En una de ellas tomó asiento cierta mañana de abril Soulevol, el honrado obrero Soulevol, hombre de vista de largo alcance; el tren echó a andar, y al cabo de una hora de marcha apareció a lo lejos, al otro

extremo de la vía, una mancha negra que fué poco a poco agrandándose, agrandándose...

¿Otro tren? Sí, otro. Soulevol experimentó la satisfacción del verdugo que, al cabo de muchos meses de inacción, tiene por fin que retorcerle el pescuezo a alguien; es decir, la satisfacción que proporciona el ejercicio del cargo. Iba a dar la señal de alarma, y de pronto, fijándose bien en el tren que avanzaba, dijo a gritos:

—Pero aquel que viene de vigía en la garita, ¿no es Falloles? ¡Vaya si es Falloles!

A Falloles y a Soulevol les separaba un abismo de odio: no era nada grave; hacía unos meses el primero se había escapado con la mujer del segundo, llevándose de paso todos los

ahorros del matrimonio, que ascendían a unos quince mil francos. Pero estas cosas pequeñas separan a veces a los hombres más que las grandes, y Soulevol había jurado masticar la nuez a su rival la primera vez que lo viera.

Y la primera vez era ahora.

El choque sobrevino espantoso, formidable. De los dos trenes no quedó ni el humo.

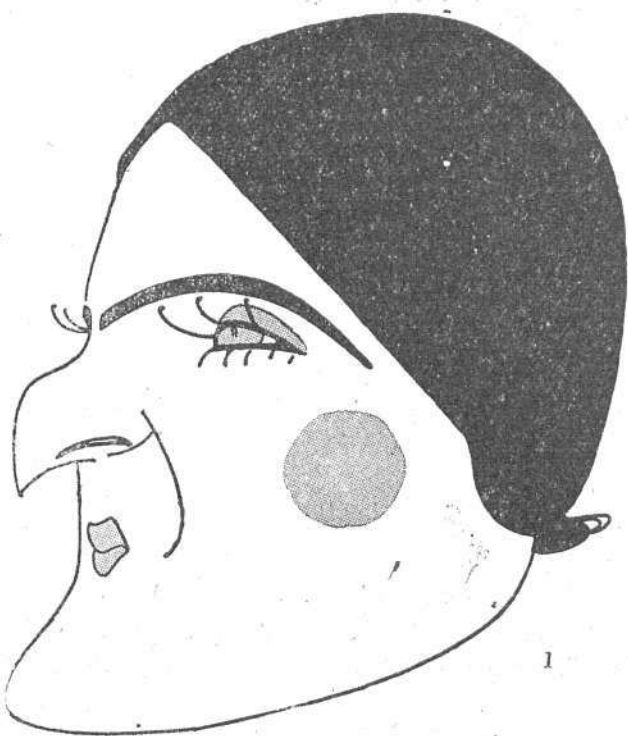
Es decir, quedó algo: media hora después Soulevol y Falloles, instalados en la copa de un pino, donde les había lanzado la violencia del choque, se daban mutuas explicaciones, y quedaban tan amigos.

Joaquín Belda.

Dibujos de BON.



María Caballé, Eugenia Galindo y Rosita Rodrigo, del Teatro Apolo, agredidas por *Sirio*.



Rosita Rodrigo, vista por *Sirio*. (1) 

¿Ustedes han visto cómo la gente se agrupaba, apelotonaba y empujaba frente a las vitrinas del gran fotógrafo Walken, en la calle de Sevilla?

En el próximo número publicaremos una de las fotos que el nigromante de la luz ha tenido el acierto de hacerle, para bien de todos, demostrando una serenidad que para sí quisiera algún torero de fama; porque por muchas bellezas que haya retratado, la Rodrigo es más belleza. ¡Lo juramos con la mano puesta sobre los bolsillos de nuestros chalecos!

María Caballé, vista por *Sirio*. (2)

¡Bueno; *Sirio* la podrá ver así, y hasta reconocemos que se pa-



rece extraordinariamente! Lo que no estamos dispuestos a decir es que nosotros, el resto de la redacción de MUCHAS GRACIAS, la veamos así. A nosotros nos parece una tanagra de la Escolta real. ¡Cuidado si es guapa y buena moza la muy primera tiple!

Eugenia Galindo,

mirada de reojo por *Sirio*. (3)

Eugenia Galindo, además de madrileña es guapísima, a pesar de esta inquisitorial caricatura de nuestro compañero el gran *Sirio*.

¡Hay que ver a la deliciosa primera tiple cómica cuando canta la *saeta* en "La tierra de Carmen"! ¡Bueno; hay que verla y hay que estar lo bien educados que estamos nosotros para no cometer una incorrección!



En confianza

UNA CONTRAEXCLUSIVA



Querido lector: no sé lo que te habrá parecido este semanario que tienes entre las manos; pero voy a darte una noticia que sin duda hará que te suscribas a él inmediatamente: en estas páginas no te encontrarás nunca con la firma de Ramón Gómez de la Serna. Así como hay periódicos que tienen la exclusiva de la producción de algunos escritores, este nuestro ha conseguido una especie de contraexclusiva: ha firmado un contrato con Gómez de la Serna, mediante el cual dicho señor se compromete a dar la exclusiva de su "no colaboración" a MUCHAS GRACIAS. El único periódico de España al que D. Ramón Gómez de la Serna respetará, es decir, al que no enviará colaboración, será a MUCHAS GRACIAS. Y este semanario, a cambio de tan señaladísimo servicio, se compromete a dar a Gómez de la Serna un sueldo mensual de mil pesetas. ¿Qué es mucho sueldo? Ciertamente; pero la cosa vale la pena, y tenemos la seguridad de que el público sabrá estimarla y agradecerla; pues ¡casi nada!! es eso de poder hojear tranquilamente un periódico sin temor a encontrarse con una docena de greguerías.

NUEVO ACADÉMICO



Don José Francos Rodríguez acaba de ingresar en la Real Academia de la Lengua. No creo que la cosa sea como para escandalizarse: en una Academia en la que es

presidente D. Antonio Maura, bien puede ser académico Francos Rodríguez. Además, si en vez de decir Academia de la Lengua a secas, le añadimos algo, algún condimento, especia o salsa, y decimos "Academia de la Lengua a la escarlata", o de la "lengua a la catalana", o de la "lengua a la moda", entonces sí que será difícil encontrar un académico más a propósito que el elocuente y pantagruélico maestro Francos.

¿Que no tiene gracia lo que acabo de decir y que, por consiguiente, no honra a MUCHAS GRACIAS? Ya lo sé; pero al menos tiene la ventaja de que es verdad, de que nadie se atreverá a ponerlo en duda. Y precisamente por eso, porque es verdad, no tiene gracia: lo gracioso, lo caricaturesco, supone siempre cierta exageración, y decir que D. José Francos Rodríguez de la única Academia de la Lengua de la que realmente merecería ser académico, y acaso presidente, sería de la de la "lengua estofada"; no creo que sea incurrir en ninguna exageración.

UNA RECOMENDACIÓN



Si tienen ustedes ganas de reírse un rato, un rato largo, y no lo han logrado con MUCHAS GRACIAS, les recomiendo que lean los artículos del Sr. Salaverría en A B C. Yo creo que es, sencillamente, nuestro primer escritor festivo. Tan graciosos y risibles como los artículos del Sr. Salaverría yo sólo he leído los de la Infanta Paz.

ANUNCIO

¡La buena suerte! ¿Quién la quiere? Don Odón, sabio y "ca-

MUCHAS GRACIAS

picúa"—don o don—, se ofrece a toda clase de gobiernos y para toda clase de cargos; referencias inmejorables. No duden, señores gobernantes, no duden en quedarse con don Odón: es sabio, catedrático, ex senador... y, además, y esto es lo principal, trae la buena suerte, porque es "capicúa". Anímense, señores, anímense, es el único sabio español "capicúa".

DESPEDIDA

Después de la recomendación que acabo de hacerles, y en la seguridad de que si la siguen no se han de arrepentir, créo que puedo despedirme de ustedes tranquilo hasta la semana que viene.

Mariano Benlliure y Tuero.

CONSEJOS DE "MUCHAS GRACIAS"

POR D. A.

Si piensas edificar una de esas casas cuyos pisos cuestan un dineral de alquiler, antes de elegir arquitecto, antes de adquirir el solar, manda hacer un cartelito que diga: "No funciona el ascensor."

* * *

Si has sido concejal, cambia de oficio, aunque no cambies de intención. Hay muchas maneras de matar pulgas.

* * *

Proclama la gracia; defiende la inocencia; vela por la seguridad de los niños en esa edad primera en que son la promesa de una flor. Adora en ellos a esa maravillosa incógnita del porvenir; rodéalo de seguridades para su tierna fragilidad. Pero si se trata de un bebé de esos que agarran una danesa y no la sueltan nada más que para mamar, siéntate encima de él.

The Kon Leche

KRÓNICA TAURÓMAKA

SINCERIDAD, IMPARCIALIDAD Y Poca AMISTAD CON LOS TOREROS

KURRO KASTAÑARES

Chicuelo... el torero que más se arrima.

Bueno es que váyamos exponiendo los valores taurinos cotizables en la próxima temporada.

Agotado casi el comentario de la anterior, precisa establecer el plan de campaña probable para la lucha que se avecina.

Del resumen artístico-taurómico de 1923 hay que separar no poca hojarrasca.

Año de confusión y de tránsito, se prestó el último como ninguno a la desorientación y al equívoco.

Nosotros, sin embargo, poseemos el criterio suficiente para no vacilar en la materia.

Sobre la efímera resonancia, sobre el pasajero triunfo, descubrimos el mérito verdadero y avaluamos el oro de brillo inconfundible.

Y del balance total de valores destacase con relieve inconfundible la figura de *Chicuelo*.

Apático en otras temporadas, vuelve hogaño el sevillano a su vigor primitivo.

Sus triunfos postreros en la primera temporada de Madrid, le hicieron sacudir la modorra, revelándose el torero artista de que siempre hablaron los aficionados de *solera* de la ciudad del Betis.

¿Quién pide más?

Recorramos con la imaginación las más audaces hazañas de los toreros que vinculan su prestigio a la valentía, y seguramente no se encontrará un caso en que el diestro se pase el

toro tan cerca como *Chicuelo* se lo pasó en esa tarde valenciana.

Ahí hay un valor... Valor en oro.

Sucesivamente iremos exponiendo otros valores cotizables para la temporada que comenzará en breve.



CUENTOS CHINOS

Siguen los cables vomitando orejas siguiendo normas viejas, y dando honores de primer espada a toreros que aquí no hicieron nada. ¡Siempre hubo de laureles abundancia!

a mil doscientas leguas de distancia!

No hay en las tientas más que toros bravos (según el revistero... *Don Ochavos*)...

Luego en la temporada, al abrir el toril, no vemos nada. Es decir, vemos... ¡Vemos, sin descanso, a fuego lento mucho manso!



EN SAN ANTÓN

La última fiesta popular en que vimos a nuestros primeros coletudos fué en la de San Antón.

Combatiendo el frío y la humedad vimos a muchos de los diestros de *tronto*... que luego suelen ser *sinietros* en la plaza.

En una hermosa jaca de la Algabea vimos... al *Algabeño*, avanzando brioso entre las turbas. Con él iba, en primera fila, *Chicuelo*, siguiéndole a muy poca distancia Antoñito Cañero, que es el *amo* a caballo.

Luego nada..., muchas máscaras, entre las que vimos algunas disfrazadas de Belmonte. ¡No hay que fiarse!

A continuación venía Marcial Lallana en un jamego de mala muerte, desecho de *Catalino*. Maera, a la cola, quería hacer andar a un caballo de maera, fiel trasunto del Clavileño.

Los baturros Villalta y Gitanillo, corrían en sus borricos respectivos como cohetes, ni más ni menos que si fueran caballos de carreñas. ¡Vaya unos tíos ganando terreno!

Saleri caminaba hacia atrás en un cangrejo que le había regalado *Fortuna* antes de embarcar para México.

Y en seguida cerraba el cortejo un coro general de toreros, montados en apacibles tortugas.

¡Muy bonito!

La fiesta de San Antón nos dió la idea exacta del toreo actual.



La maña del maño.

El triunfo de Juanito Nacional en México es cantado en tonos épicos por toda la Prensa española. Diríase que nunca vieron torear los paisanos de Gaona hasta que el baturro de Calatayud se apretó la faja para salir a lucir su valor en el país del petróleo.

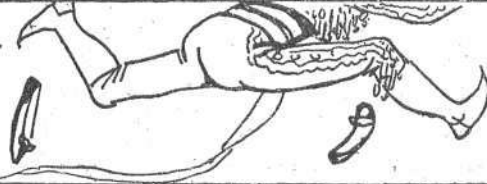
¡Es absurdo!

¿Y Mazzantini? ¿Y Fuentes? ¿Y Bombita? ¿Y Montes? ¿Y Machaco? ¿Y Belmonte? ¿Y Sánchez Megías?

Hay que convenir en que hace falta maña para borrar tan brillantes recuerdos.

¡Rediez con el maño!

LOS TORERITOS QUE AHORA SE ESTILAN



... esclavos de la higiene y de la afición, hacen piernas en el cabaret durante el invierno...

... y sin perjuicio de seguir haciendo piernas en la plaza durante la temporada.



•A-S-E-FINANDO EL TIEMPO POR "PISCIS"



Sitio preferente.

Concurso de pasatiempos

1 **RAGRADA**

Clásico.

2 **MUSICO
DE
JUEGO
CAMPANADA
DESPACHADO**

Teatral.

3 **GRACIA
JUNO
TER**

Disposición.

4 **E
50500100
PROVOCACIÓN
TAXI**

Reina.

5 **ESCULTURA
SA CRIFICIO**

Diálogo entre muchachas.

6 **D18X18**

—¿Te contentarías con lo que suman estos números?
—Prefiero la mitad.

Las cosas están muy mal en cualquier aspecto que se miren, y si en serio nos ponemos a pensar en ellas, hay para perder la cabeza, para meterse un estilite en el quinto espacio intercostal o para liarse a tortas con los guardias y dejarlos en situación de no poder devolver el casco. Todo ello es molesto, desagradable y expuesto. ¿Qué hacer para no pensar en nuestras desdichas? Ver la manera de perder el mayor tiempo posible en algo que absorba nuestra imaginación, sin que llegue a tener importancia; y nada más indicado que un *Concurso de pasatiempos*, el ideal de todo español, pues ya sabemos que la vida de todo español que se estime en algo no tiene más que dos fines: la mitad, hacer tiempo, y la otra mitad, matarlo.

La revista MUCHAS GRACIAS quiere que no sea todo perdido, y a la satisfacción de aquellos que acierten los pasatiempos quiere añadir la de algunos premios que sirvan de acicate a los remisos y de orgullo a los vencedores. Pero no objetos de plata que se ponen amarillos, décimos que no tocan y colecciones de periódicos que no se leen, sino dinero contante y sonante, luz divina, pasta mineral catalana. Esto es lo práctico, esto es lo bonito y esto es lo atractivo.

Para el que acierte todos los pasatiempos de los meses de febrero y marzo, o para el agraciado por un sorteo, si hay más de uno:

100 PESETAS.

Para el que le siga en número de soluciones,

50 PESETAS.

Para el tercero,

25 PESETAS.

Claro está que hay que enviarlas acompañadas de los cupones a nombre del Administrador, y poniendo en el sobre: *Concurso de pasatiempos*. Lo de siempre.

¡Ah! Y si hay algún pasatiempo muy difícil no vale protestar; tengan ustedes en cuenta que se trata de pingües cantidades. Con que, ¡ánimo! y a ganarse esas pesetas, que para como están los tiempos no son de despreciar.

Piscis.

Cupón núm. 1
para el concurso
de pasatiempos

LA NOVELA DE HOY

publica esta semana una verdadera joya literaria debida a la pluma del imponderable novelista

Alberto Insúa

y que lleva por título

LA CARICIA DE LOS BRILLANTES

Esta deliciosa novela, en la que

Alberto Insúa

se muestra, como siempre, narrador amenísimo y brillante estilista y en la que presenta a una mujer extraordinariamente sensual, será de aquellas cuya lectura se recordará con agrado y de las que luego quedan como ejemplo de un género literario.

LA CARICIA DE LOS BRILLANTES

va ilustrada por el excelso artista, maestro de maestros, Ribas, y lleva un prólogo interesantísimo de Artemio Precioso, y una genial caricatura del ilustre autor de "La mujer que necesita amar", debida al lápiz de Sirio "as" de los caricaturistas.

LA NOVELA DE HOY

tiene adquirida la exclusiva de las obras de

Alberto Insúa

y en ninguna otra publicación se podrán saborear las producciones de tan eminente autor.

Lea usted

LA NOVELA DE HOY

30 céntimos ejemplar.

Rivadeneira (S. A.).—P.º de S. Vicente, 20.

≡ MUCHAS GRACIAS ≡

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO. — Redacción y Administración: MENDIZABAL, 42

TELEFONO 24-53 J.

MADRID

APARTADO 473.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS

EXTRANJERO

Año..... 14 pts.

Año..... 22 pts.

Semestre... 8 —

Semestre... 14 —

PORTUGAL Y AMERICA: AÑO, 16 PESETAS; SEMESTRE, 10.

LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE PROVINCIAS PUEDEN EFECTUAR LOS PAGOS POR MEDIO DE GIRO POSTAL, SELLOS DE CORREOS O SOBRE MONEDERO

EL HIJO LEGAL

POR

Artemio Precioso

CON UN PROLOGO DE

FERNANDEZ FLOREZ

CUATRO PESETAS

en librerías y en

LA NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42.

En breve aparecerá

ROSA DE CARNE

(Historia de un libro erótico)

NOVELA POR

Artemio Precioso

...

Un tomo de más de 300
páginas, con ilustracio-
nes de DEMETRIO,
lujosamente editado.

...

Pedidos a

La Novela de Hoy

CINCO pesetas ejemplar.

Peluquería MODERNA

DE

Luis Merinas

Mendizábal, número 42.

CONFORTABLE Y LU-

JOSA INSTALACION

SERVICIO ESMERADO Y

POR LOS MAS MODER-

NOS PROCEDIMIENTOS

≡ LA NOVELA DE NOCHE ≡

SERIE QUINCENAL

Próximamente aparecerá la colección de novelas galantes más sugestiva y más selecta que se ha editado en España.

Obras de "El Caballero Audaz", Emilio Carrère, Alberto Insúa, Eduardo Zamacois,
Joaquín Belda, Artemio Precioso, Alvaro Retana, López de Haro, Díaz de Tejada,
Valero Martín y otros.

Ilustraciones de Ribas, Penagos, Demetrio, Varela de Seijas, Ochoa y Baldrich.

Cada tomo contendrá una novela rigurosamente original e inédita, de 120 a 150 páginas, con
magnífica portada en colores y numerosos dibujos intercalados en el texto.

Precio: UNA peseta volumen.

MUCHAS GRACIAS



DIAZ-ANTON

AUTOPIROPO.—¡Qué rica s'hooy!